



PALOS DE CIEGO GACETA

Nº 8

AGOSTO 2026

www.palosdeciego.es

EDITORIAL

Orgullo o prejuicio

Hay palabras que cambian su significado con el tiempo; para algunos, durante siglos, orgullo fue un pecado. Uno de los siete capitales, el que acusa la soberbia del poderoso que se cree por encima de los demás, la arrogancia del que desprecia, la incapacidad para reconocer los propios errores, incluso de exponerlos como virtudes. Pero las palabras hablan de la vida y, como ella, también evolucionan. Hoy, cuando hablamos de orgullo, *casi nadie* piensa en pecado.

Pensamos en alguien que deja de esconderse, en quien se supera, en aquellos que saltan barreras y no temen decirlo porque saben que así ayudan a otros a saltarlas también.

El pasado 4 de julio, Barrillos de Curueño volvió a llenarse de gente para celebrar **La Cuireño**. Hubo música, cultura, encuentros, abrazos, risas, conversaciones que llevaban demasiado tiempo pendientes y calles que volvieron, por unas horas, a llenarse de vida, alegría y color. Celebración.

Muchos vinieron simplemente

porque era una fiesta, atraídos por la música, el ambiente o la curiosidad. Y está bien que así fuera. Pero para otros fue un regreso, y hay una enorme diferencia entre ambas cosas. Porque hubo un tiempo en que amar a otra persona podía convertirse en un motivo de exilio. Un tiempo en que la diferencia se castigaba con el silencio de un padre que no aceptaba, de una madre que callaba, con las burlas de los vecinos o con la vergüenza por ser diferente. Un tiempo en que era más fácil hacer una maleta que explicar quién eres.

Por eso esta fiesta significa mucho más que un cartel o un escenario. Es un regreso; el de quienes tuvieron que irse a pesar de que nunca dejaron de sentirse de aquí. Y también el regreso de muchos padres y muchas madres que han recorrido su propio camino. Personas que fueron educadas en otra época, con otros miedos y otras certezas, pero que han sabido hacer lo más difícil que puede hacer un ser humano: reconocer y cambiar. Eso también merece ser celebrado y quizá ese sea el verdadero orgullo. No el de sentirse mejor que nadie, sino el de no

bajar la cabeza; el de no pedir perdón por existir; el de caminar por la plaza del pueblo sin miedo; el de coger la mano de quien quieres sin mirar antes alrededor; el de no esconder a un hijo ni esconderse de uno mismo.

El orgullo no consiste en levantar una bandera arcoíris, consiste en no tener que esconderla.

Los pueblos tienen fama de guardar la memoria y, con ella, también los prejuicios. Ambos son tozudos y se resisten a desaparecer. La Cuireño es un intento por cambiarlos, por construir nuevas memorias y dejar atrás anticuados prejuicios. Porque aquí las personas tienen nombre, las historias tienen rostro y los abrazos, cuando son sinceros, valen más que los discursos.

En una época en la que parece obligatorio dividirse en bandos, quizá el mayor acto de rebeldía sea algo mucho más sencillo: reencontrarse, aceptarse y quererse sin condiciones. Quizá también haya llegado el momento de pedir perdón; un perdón sin culpa, de reconocimiento. Perdón por los silen-

cios, por las miradas de reproche, por las puertas que se cerraron, por las palabras que nunca se dijeron, por los abrazos que faltaron. Porque solo quien reconoce el daño puede celebrar de verdad el regreso.

En *Palos de Ciego* hablamos muchas veces de caminos que desaparecen entre la maleza por falta de uso, de pueblos abandonados, de casas que se derrumban, de memoria que se olvida bajo las cruces del cementerio. Pero también creemos que los caminos pueden volver a abrirse caminando por ellos, que los pueblos se repueblan, que las casas se rehabilitan y que la vida puede llegar cualquier mañana con el llanto de un recién nacido.

Nos gustaría creer que nadie tendrá que marcharse nunca más por ser quien es, y que quien un día tuvo que hacerlo encuentre en el suyo un pueblo dispuesto a decirle: *Bienvenido a casa*, porque hay fiestas que terminan cuando se apaga la música, y otras empiezan cuando alguien vuelve a casa sin miedo.

AGOSTO 2026 N° 8

www.palosdeciego.es

SUMARIO

AMAL Y SU TRIBU 5

MIRVA VALDEBURÓN

CUANDO LA MENTA 8

IGNACIO CHAVARRÍA

LOS VERANEOS 9

PILAR GARCÍA LLAMAZARES

POLINIZADORES 11

MONSE ROBLES CASTRO

VENTANA DE CAMPO

VENTANA DE CIUDAD 13

CONCHA LUCAS

OJO CRÍTICO 15

TRADICIÓN

JUAN CARLOS MARTÍNEZ

AMAL Y SU TRIBU

MIRVA VALDEBURÓN

Yo estimo la belleza, en la que la palabra se siente mariposa,

la que armoniza y resplandece su entorno,

la que incita con su presencia los colores del universo

y con su ausencia más que nostalgia

es un cielo de alas que acaricia la memoria.

Belleza

Saleh Abdalahi

Cuando Amal llegaba a la casa de la yaya, para nosotros significaba el comienzo del verano. Ella vivía en los campamentos de refugiados saharauis de Tinduf y pasaba dos meses con nosotros mediante el programa de vacaciones en paz.

La yaya dice que a los saharauis los despojaron de sus tierras, sus derechos y su libertad y que llevan más de cincuenta años viviendo como refugiados en la tierra más inhóspita que uno pueda imaginar. Ella lo sabe de primera mano porque ha estado en los campamentos varias veces y piensa que, aunque no está en situación de solucionar tamaña injusticia, lo que sí puede hacer es mejorar la vida de una fa-

milia saharauí y con ello su propia vida. La yaya dice que somos familia.

Durante los meses de verano, los primos nos mudábamos al pueblo con la yaya y los padres solían venir los fines de semana en plan controlador. Laura los llama “los obligatorios” porque todo lo que dicen es obligatorio. Nos dejaban en el pueblo muy contentos, pero luego les parecía que aquello era un desmadre.

Amal es la que más se parece a la yaya porque solo ellas saben de seres y sucesos realmente misteriosos. Mi prima Laura también es muy especial; tiene sueños recurrentes que van evolucionando a lo largo del verano.

La yaya suele mandar a los primos mayores que monten una tienda de campaña en la finca porque algunos días no hay en la casa suficientes camas para todos; además, sabe que no van a perderse una verbena y serán los últimos en acostarse. Elige el lugar perfecto que se encuentra en la parte más soleada del prado, asegurándose de ese modo de que, por muy larga que haya sido la noche, el calor los echará a media mañana y, como hormigas en procesión, desfilarán hasta la cocina con los ojos somnolientos y los restos de las risas.

La primera vez que Amal vio que montábamos la tienda de campaña en la huerta, dijo con su castellano de indio sioux: *"¿Por qué una jaima, si tienes casa muy grande?"* Cuando la yaya le dijo que algunos días la casa se quedaba pequeña y la jaima nos venía de perlas, la miró perpleja y dijo muy seria: *En el Sáhara duermes todos juntos y no tienes camas. Aquí tienes todo y necesitas jaima. ¡Yo no entiendes nada!*

Y se marchó muy tiesa.

Laura, Amal y yo, somos las pequeñas de la casa y las que más tiempo pasamos con la yaya. Para los mayores somos unas apestadas; nos tienen por chivatas, meticonas, gritonas y pesadas como moscas cojoneras. En realidad, de Amal no piensan lo mismo; es la perfecta hermana exótica, con sus profundos ojos oscuros, la boca de color cereza, los dedos largos, el cuerpo moviéndose como un junco en un humedal y ese halo de misterio que los tiene hechizados. Gracias a ella, en alguna ocasión nos dejan ir con ellos al río o a la peña de merienda.

La mayoría de los días pasamos las mañanas en la cocina porque la yaya tiene que cocinar para postadolescentes caníbales y niñas devoradoras. Si además venían "los obligatorios" después de hornear magdalenas, un bizcocho de miel y nueces, y preparar dos jarras grandes de gazpacho, hacíamos albóndigas como para una boda. Antes de hacer las bolitas, la yaya nos contó que era imprescindible añadir a la mezcla una pizca de canela. Se trata

de un ingrediente secreto que sirve para fomentar las relaciones y alimentar la amistad.

Como si de un conjuro se tratara, en cuanto la canela desaparece entre los ingredientes, la yaya comienza a contar historias sobre los seres mágicos que viven en el bosque y que en ocasiones se mudan a la casa. Ella los conoce perfectamente y sabe que hay que darles cobijo y dejarlos hacer, pues más nos vale tenerlos como amigos.

Aquel día Amal habló de Miyec, su daira, y de las historias de los djinns, los seres mágicos que habitan el desierto. Contaba que podían tener forma de animal o de persona, apare-



cer mientras caminas por la hamma-da o en tu propia jaima. Provocar tormentas sin agua, soplar vientos de luces y oscurecer el sol. Son seres muy listos y te pueden volver loco; lo mismo te cambian los objetos de sitio, enredan las palabras para perder a los amigos o te embrujan para que te enamores como una tonta.

Laura, por su parte, nos relató su sueño y dijo que éramos una tribu india de sioux que pasaba los veranos en las montañas, cerca de un río. La yaya era Nube Blanca, la chamana de la tribu, y nosotras grandes cazadoras y recolectoras de frutos que almacenábamos para cuando llegaran las nieves.

¿Nube Blanca? —dijo la yaya— mientras le daba una gran calada a su cigarrillo y entornaba los ojos mirando a Laura. ¿Y cómo se supone que os llamáis las demás?.

Laura dijo que eso todavía no lo había soñado.

Amal contó con sus ojos misteriosos que en la casa había visto a una india sioux con una trenza muy larga y que se hacía llamar Agua Dorada. Laura pensó que Amal de alguna forma entraba en su sueño porque Agua Dorada era una sioux que pertenecía a su tribu. La yaya, apagando el cigarrillo, dijo que Amal, a quien veía, era a la Xana de la charca oscura, porque en verano se llenaba de gente y prefería estar entre nosotros.

Cuando llegaban “los obligatorios”, la yaya mandaba a los jóvenes que montaran la mesa grande debajo de los tilos. Mientras comíamos, Amal miraba las ventanas y saludaba a

Agua Dorada o a la Xana; nunca llegaremos a saberlo. Los chicos hablaban sin parar de las noches de fiesta, las risas, los amigos y se callaban mucho más de lo que contaban.

En la sobremesa, Amal solía preparar un té saharauí. Le lleva su tiempo porque es todo un ritual de hospitalidad que ella ofrece a “los obligatorios”. Se sirven tres vasos seguidos de té con un significado digno de la poesía saharauí: el primero es amargo como la vida, el segundo dulce como el amor y el tercero suave como la muerte.

Puede que el primer té desplegara toda su amargura porque “los obligatorios” le recordaron a la yaya todo aquello que consideraban que ya no estaba en edad de hacer, como fumar, atender la huerta e incluso ocuparse de Amal.

El segundo té inundó la mesa con el aroma del azúcar caliente y la yaya declinó hacer comentario alguno. Prendió otro cigarrillo, le dio una buena calada, elevó la barbilla y, frunciendo la boca, espiró círculos de humo como roscas de sartén.

Con el tercer té, una leve brisa bailó entre nosotros y suavizó el ambiente. La yaya miró a Amal y, a través de sus ojos, rememoró a su familia saharauí, a los amigos que dejó en los campamentos y comprendió que, -como decía Laura- todos ellos pertenecían a su tribu.

Mirva Valdeburón.

CUANDO LA MENTA IGNACIO CHAVARRÍA

El sol asoma desperezándose por el horizonte. Camino con mi perra aprovechando la hora temprana, cuando la tierra mantiene el fresco de la noche y el aire no quema la piel. Mi perra es vieja y el caminar se hace lento y distraído; no me importa, no tengo prisa, nadie me aguarda en casa y lo que sea que tenga que hacer nunca tiene fecha de caducidad.

Al fondo del camino, a mi espalda, aparece una figura apresurada: trípode sofofocado de nudoso bastón y piernas zambas. Me alcanza con la respiración entrecortada por el esfuerzo; le falta el resuello. *Pensaba que no te alcanzaba*, me dice, y acomoda el paso al mío. Charlamos de vuelta al pueblo. Han sido las fiestas y el hombre viene calentito. *¿Las fiestas del pueblo?* —me dice—. *Fiestas, las de antes, cuando el pueblo brillaba por la menta, ¿sabes? No, claro, tú no eres de aquí, pero ese pueblo tenía vida, cuando la menta.*

Sí, qué voy a saber yo, el paleta de la gran ciudad que no distingue una alondra de una cogujada. *Había negocio y corría el dinero; sí, aquí había de todo: herrero, zapatero, tienda... hasta dos bares había. Y niños, niños por las calles, y escuela había; daba gusto verlos salir a mediodía armando*

jaleo. ¿Y ahora? Mira las casas, se caen solas.

Sí, veo los adobes desgastados y cubiertos de telarañas, los portones desgastados por lluvias y nevadas, las vigas carcomidas, los paisanos envejecidos y derrotados. Veo el pueblo abandonado. *Pero esto también va cambiando* —le digo—, *está llegando gente nueva; algunas casas se van arreglando para vivir o para el verano.*

Me mira con sus tristes ojos. *Sí, venís gente nueva, pero mira las fiestas: cada uno en su casa y Dios en la de todos; las calles vacías y, por la noche, bottellón. Esas no son mis fiestas.*

Sí, siempre lo de antes era mejor; los recuerdos tienen eso, que tamizan la realidad a nuestro gusto, que permiten, distorsionados por el tiempo, devolver la ilusión de la juventud. Tras los ojos del anciano creo ver sus recuerdos: ese primer beso robado en el baile a la hija del panadero, las escapadas con la cuadrilla a fumar cigarrillos de picadura y a pedreas con otros pueblos, las mañanas en la poza saltando al agua helada desde el árbol y dejándose secar desnudos al sol.

El sopor del verano, la languidez de la juventud... Sí, tal vez tenga razón y antes las fiestas eran mejores, o quizás no, pero al menos eran sus fiestas.



Ignacio Chavarría

LOS VERANEOS

Pilar García Llamazares

Solsticio de verano, 21 de junio, como todos los inicios del verano se activa el despertador de recuerdos que llevo tatuados en mi piel, que es el lienzo donde escribo mis experiencias. Verano de los años 60 y 70, un pequeño pueblo donde no nos podíamos permitir ir de veraneo ya que el plato fuerte de las tareas del campo transcurre en esta época.

Era un tiempo donde no se mencionaban olas de calor, ni DANAS, ni ciclogénesis explosiva pero sí llorábamos gotas de sudor desde las 12 horas hasta las 20; tampoco existían las cremas de protección solar así que teníamos un moreno no deseado, no obstante el sol solo nos coloreaba no nos quemaba la piel.

Como vivíamos en nuestro pequeño mundo no sabíamos que entre la gente de jet se empezaba a llevar el bronceado, sin embargo lo que nosotras deseábamos era tener una piel blanca, bien cuidada, sinónimo de belleza y de salud.

Por las noticias de la tele o de la radio sabíamos que estaba de moda veranear en Benidorm o en la Costa Brava, Lloret de Mar era lo más y por las revistas del corazón, que todavía no se llamaban así, veíamos que la élite del mundo veraneaba en la costa azul francesa. Las revistas Hola y Semana que solo veíamos en los quioscos o en alguna consulta del médico, eran las que más éxito tenían, menudo glamour la familia monegasca y los playboys que se

sumaban a los saraos, Marbella por aquella época también estaba llena de estrellas. Marbella/Marsella eran dos paraísos que yo me montaba en mi imaginación y que soñaba con visitar algún día.

Los veraneantes que venían a mi pueblo eran bien distintos, seguramente tampoco podrían permitirse esos lujos, llegaban en el mes de agosto porque trabajaban en fábricas o en el servicio doméstico pero venían tan bien vestidos, limpios, blancos (qué envidia), con complementos de última moda, sombreros, sandalias de dedo, bolsos, gafas de sol, ah! Y por supuesto la cámara fotográfica.

Muchas de las fotos que yo conservo de aquella época son de la cámara fotográfica de mi familia barcelonesa que venían todos los años a pasar sus vacaciones a casa de mi abuela que era mi casa y también la suya. Además de la fantástica cámara nos traían pequeños regalos que recibíamos con tanta alegría que nada más que marchaban ya estábamos deseando que regresaran. Los veraneantes cambiaban un poco nuestras rutinas, nos llegaba algo de aire fresco y nos hablaban de un mundo muy lejano al nuestro.

El respiro también nos lo daba el fin de semana, las fiestas son para el verano, todos los fines de semana había fiestas en los pueblos cercanos. Íbamos acompañados por algún adulto o cuando ya éramos un poco mayores acudíamos toda la panda del pueblo juntos andando y cantando a la ida y a la vuelta, recor-

dando aquellos veranos me viene a la memoria aquella canción de Víctor Manuel “bailando con la orquesta prometimos no olvidarnos” porque no había fiesta que se preciase que no llevara una orquesta.

La verdad es que sentía cierta pelusa de esta gente que se iba de vacaciones aunque fuera con un presupuesto chico.

Cuando por fin me pude permitir ir de vacaciones visité Marbella y Marsella y descubrí que hay infinitos paraísos y lo bello que es viajar.

Pilar García Llamazares



POLINIZADORES

MONSE ROBLES CASTRO

Estoy sentada en el jardín, leyendo a la sombra de un saúco. Junto a mí una pared está cubierta por una planta trepadora, verde y espesa, salpicada de flores que aquí llamamos pasionaria. Recuerdo que cuando era niña, mi madre me contaba que la llamaban así porque en la flor aparecen los clavos y la corona de espinas de la pasión de Cristo. Sobre las flores, veo que sobrevuelan muchos

abejorros y siento su incesante zumbido. Bzzz, bzzz, bzzz....

No puedo evitar sentirme un poco amedrentada por su oscura presencia. Me acerco a observarlos. Son muy grandes, velludos y negros con reflejos azules ¡Tienen un aspecto terrible! Parecen amenazadores y peligrosos, diríase que todos vienen a picarme y a alimentarse de mi sangre, pero diré, para



alivio de todo el mundo, que son inofensivos porque son completamente vegetarianos. Son los llamados “abejorros carpinteros” o “abejorros azules”. Se alimentan del néctar de las flores que liban con su larga lengua. Mientras hacen esto, el polen amarillo se adhiere a su abdomen, y así, cuando se van a otra flor, llevan consigo el germen que hará fructificar a otras.

La gran mayoría de plantas con flores no pueden autofecundarse, sólo producen semillas con la ayuda del viento o de animales que trasladan el polen de la parte masculina de una flor (anteras) a la parte femenina (estigmas) de otra diferente, de esta forma se produce una polinización cruzada que mejora la diversidad genética. Sin la ayuda de estos polinizadores muchas especies no podrían dar frutos, y esto afectaría gravemente a la producción de alimentos.

Estos grandes abejorros pertenecen, por tanto, al grupo de los llamados polinizadores, al igual que los

murciélagos y escarabajos, las mariposas, algunas aves, las abejas...Estos carpinteros son insectos solitarios, no forman colmenas o enjambres como las abejas y avispa. Y su incesante trabajo hace fertilizar a la mayor parte de los cultivos del mundo, lo que garantiza la producción y calidad de frutas y verduras y asegura la alimentación de todos los que vivimos en nuestro planeta, tanto humanos como animales.

Desafortunadamente, el número de polinizadores está descendiendo debido a diversos factores, entre ellos el uso de insecticidas, la pérdida de hábitats por la agricultura intensiva, el calentamiento de la Tierra, las especies invasoras, etc.

No deberíamos temer a estos insectos y a los bichos en general, pues todos tienen una labor que cumplir en esta casa global en la que vivimos. Aunque nos pueda parecer increíble, es bueno que existan y hay sitio para todos en nuestro querido planeta.

Monse Robles Castro

VENTANA DE CAMPO VENTANA DE CIUDAD

CONCHA LUCAS

Despertarse frente a esta ventana es fácil, fácil como los tejados que muestra, cómo las cumbres que limitan el horizonte.

Al fondo el bosque, por cuyo interior camino como si lo hiciera por el tracto digestivo de un animal mitológico de suelo de humus.

Esta ventana amigable tiene también un lado siniestro y me muestra el viaducto de la autovía, la línea de alta tensión que atraviesa el valle,

y el parque eólico que corona un tramo de la cresta, y esto ya no es fácil y conflictúa constantemente entre mi uso privilegiado del progreso y el matiz al que me obligo: “sí, pero no así”.

Esta ventana me da la bienvenida mañanera, me avisa de la tormenta, de las nubes rojas que traerán frío, me va informando de los pasos de las cigüeñas y las marchas triangulares de las grullas.

Es una ventana que me convier-



te en persona, en ser conectado con el suelo, con el cielo, con las hormigas y el olor a petricor.

Algunas de mis ventanas anteriores me han recibido en la madrugada, inhóspitas y negras, mostrándome las infinitas filas de cocinas iluminadas de los bloques cercanos y ocultándome el horizonte.

Señalándome como el número en el que me había convertido.

Ese número que sucumbía a diario entre el barullo hacinado del metro y el castigo perpetuo del fluorescente sobre mi puesto de trabajo.

Sigo tomando café junto a la fácil ventana que me nombra y no me numera mientras me limpio las uñas de la tierra del huerto que removí ayer.

Dejo que la ventana me muestre si ha merecido la pena arrancarme de esos espacios hostiles que tanta seguridad/color gris me ofrecían para salir a la aventura detrás de lo que llaman el camino del corazón.

Le pregunto si ha merecido la pena romper con todo, incluso con el

suelo que me protegía a cambio de ese derecho de pernada que indefectiblemente se cobraba.

Es verdad que hay quien pensaría que aquí soy más pobre, y estoy más sola, pero la carencia que en la ciudad es miseria, cerca del monte simplemente es modestia, y la soledad urbana/inhumana, aquí, frente a esta ventana, es equilibrio y enfoque.

Sigo haciendo preguntas a esta ventana que me saca de lo seguro para colocarme en lo vivo.

No hay respuestas, sólo los tejados, el bosque, las cumbres.

Concha Lucas

AGOSTO 2026 N° 8

www.palosdeciego.es

OJO CRÍTICO

DONDE LA TRADICIÓN RESPIRA, LA MEMORIA PERMANECE

JUAN CARLOS MARTINEZ

